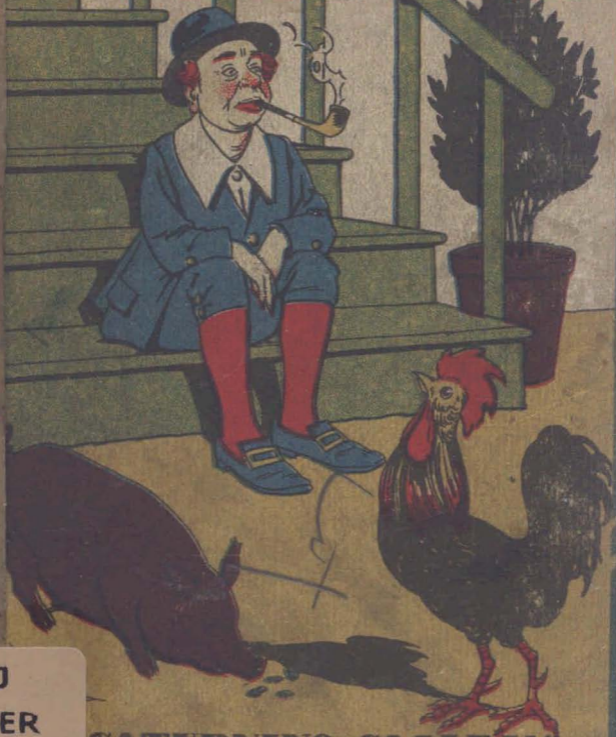


EL LENGUAJE DE LAS BESTIAS



SATURNINO CALLEJA S.A.

IJ
C-ER
22

11 C - 1 bis
20



00040672.

CVI



*Editorial "Saturnino Calleja" S.A.
Apartado 447 - Madrid*

22-120

EL LENGUAJE DE LAS BESTIAS

CON CENSURA ECLESIASTICA

ILUSTRACIONES DE

M. ÁNGEL

Y

DÍAZ HUERTAS

27050 94x144

BIBLIOTECA
ESCOLAR RECREATIVA
XXII

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS


PROPIEDAD
DERECHOS
RESERVADOS

Imp. «ALDUS» — SANTANDER



EL LENGUAJE DE LAS BESTIAS


UN labrador muy rico tenía muchas casas de labor, en las que criaba toda clase de ganado. Vivía retirado con su mujer e hijos en una de sus posesiones, que administraba por sí mismo. Tenía este labrador el don de entender el lenguaje de sus bestias; pero le había sido impuesta la condición de no comunicárselo a nadie, si no quería exponerse a perder la vida.




En un mismo pesebre comían un buey y un hermoso asno. Un día que el labrador estaba sentado cerca de ellos, oyó que el buey decía al asno:

— ¡Qué feliz me pareces, amigo, si se considera lo poco que te hacen trabajar! Un hombre se ocupa en limpiarte con cuidado, te lava, te da cebada y agua fresca y limpia. Tu único trabajo consiste en llevar a nuestro amo cuando va a las otras posesiones.

¡De cuán diferente modo me tratan a mí! Aun no despunta el alba cuando ya me uncen a un arado, del que me hacen tirar todo el día, abriendo la tierra, lo que a veces me cansa hasta el punto de faltarme las fuerzas; y el labrador que va detrás de mí no ce-





sa un momento de aguijonearme. A fuerza de tirar del arado, tengo la cerviz despellejada, y, por fin, después de haber trabajado desde que amanece hasta que anochece, cuando vengo a casa me dan de comer un poco de paja, a la que ni siquiera se dignan añadir unas miserables algarrobas; y para colmo de miseria, después de alimentado con un manjar tan poco apetecible, me veo precisado a pasar la noche echado en mi propio estiércol; ¡ya ves si tengo razón en envidiar tu suerte!


Dejó el asno hablar cuanto quiso al buey, y cuando hubo acabado, le dijo:

—Todo eso te pasa por humilde y bobalicón. Te matas por la prosperi-






Dejó el asno hablar al buey.



dad, el placer y provecho de quien no te lo agradece. De otro modo te tratarían si tuvieses tanto valor como fuerza. ¿Por qué, cuando van a atarte al pesebre, no haces resistencia? ¿Por qué no tiras buenas cornadas? ¿Por qué no manifiestas tu cólera escarbandando la tierra con los pies? ¿Por qué, en fin, no inspiras terror con bramidos espantosos? La naturaleza te ha provisto de medios para hacerte respetar, y no te vales de ellos; y si te dan mala paja, no se come; se huele y se deja. Si sigues mis consejos, no tardarás en experimentar sus resultados, y por ellos me darás las gracias.

Agradeció el buey los consejos del asno, y le manifestó cuán obligado le quedaba, diciéndole:







—Querido amigo, no dejaré de hacer cuanto me has dicho, y tú verás cómo me porto.

Callaron después de esta conversación, de la que no perdió una sola palabra el labrador, su amo.

¡A la mañana siguiente fue el mozo de labor a coger el buey, le unció al arado, y le llevó al trabajo ordinario. El buey, que no había olvidado los cojidos del asno, hizo muy bien el marrajo todo aquel día; y por la noche, cuando el mozo quiso atarle al pesebre, como de costumbre, en lugar de presentar mansamente los cuernos, comenzó a retroceder bramando, y aun bajó los cuernos como para herirle, con todos los ademanes de furor que






el asno le había aconsejado. Al día siguiente fue a cogerle el mozo de labor para llevarle a trabajar; pero hallando el pesebre lleno aún de las hierbas y la paja que le había echado por la noche, y el buey tirado en el suelo con los pies tendidos y jadeando de una manera extraña, le creyó enfermo, tuvo lástima de él, y juzgando que sería inútil sacarle al campo, fue a prevenir a su amo.

El labrador conoció que los malos consejos del asno habían producido su efecto; y, para castigarle según merecía, dijo al mozo:


—Coge el asno en lugar del buey, y hazle trabajar mucho.

Obedeció el gañán, y el asno tuvo






Al día siguiente fue el labrador...



que tirar del arado todo aquel día, lo que le causó grandísima fatiga, pues no estaba acostumbrado al trabajo. Además de eso llevó tantos palos, que no podía sostenerse cuando volvió a casa.

Mientras tanto, el buey estaba muy contento: había comido cuanto había en el pesebre, y había estado descansando todo el día; se regocijaba consigo mismo de haber seguido los consejos de su amigo; le bendecía mil veces por el beneficio que le había procurado, y no dejó de darle las gracias cuando le vio llegar.

El asno no respondió una palabra; tal era su despecho por haber sido maltratado.




—Por mi imprudencia—se decía— me he acarreado esta desgracia; yo vivía feliz, todo se me presentaba risueño; tenía cuanto podía desear; mía es la culpa del deplorable estado en que me veo; y si mi talento no me sugiere alguna astucia para salir de él, mis días están contados.

Y al decir esto se dejó caer como muerto junto al pesebre: tan agotadas estaban sus fuerzas.

Habiendo sabido el dueño de la casa que el asno se hallaba en estado lastimoso, tuvo curiosidad de saber lo que pasaba entre él y el buey; por cuyo motivo, después de cenar, fue a sentarse cerca de ellos, acompañado de su mujer. Al llegar, oyó que el asno decía al buey:






—Dime, compadre, ¿qué piensas hacer cuando el mozo te traiga mañana el pienso?


—Lo que haré—respondió el buey— será continuar haciendo lo que tú me aconsejaste; me estiraré cuanto pueda; presentaré mis cuernos como ayer, me haré el enfermo y fingiré que estoy muriéndome.

—Guárdate bien de hacer tal cosa —interrumpió el asno—, pues ese sería el medio de perderte; porque, al llegar esta noche, he oído decir al labrador nuestro amo una cosa que me hace temblar por ti.

—¡Hola! ¿Pues qué has oído?—le preguntó el buey—. Hazme el favor de no ocultarme nada, mi querido amigo.



—Nuestro amo—respondió el asno—decía al mozo de labor estas palabras: «Supuesto que el buey no come y no se puede sostener, será mejor que lo maten mañana; con su carne daremos una limosna a los pobres, y su pellejo se lo darás al curtidor, a fin de que pueda sernos útil; no dejes de llamar al carnicero». Esto es lo que yo tenía que decirte—añadió el asno—; el interés que tomo por tu conservación, y la amistad que te profeso, me obligan a advertírtelo y a darte un nuevo consejo. En cuanto te traigan las hierbas y la paja levántate y arrójate a ellas con ansia; así creará el amo que te has curado, y no dudo que revocará la sentencia de muerte; te-



niendo en cuenta que si te portas de otro modo, ya llegó tu última hora.

Este consejo produjo el efecto que se había propuesto el asno, pues al oírlo el buey bramó de espanto. El labrador, que había estado escuchando a los dos con mucha atención, prorrumpió en una sonora carcajada.


—Oye—le dijo su mujer, sorprendida—: ¿por qué te ríes de tan buena gana?

—Esposa mía—le dijo el labrador—, conténtate con oírme reír.

—No—replicó ella—; quiero saber el motivo de tu risa.

—¡Imposible!—contestó el marido—. Lo único que puedo decirte es que me río de lo que el asno acaba






de decir al buey; lo demás es un secreto que no me es permitido revelar.

—¿Y quién te impide descubrirme ese secreto?—replicó ella.

—Si te lo dijere—repuso él—me costaría la vida.

—Tú te burlas de mí—exclamó la mujer—; no puede ser cierto lo que me cuentas. Si no me dices inmediatamente por qué te has reído, si te niegas a enterarme de lo que el asno y el buey se han dicho, no viviremos más tiempo juntos.

Dichas estas palabras, entró la mujer en casa, y se fue a un rincón, donde pasó la noche llorando a gritos. Acostóse el marido, confiado de que su esposa se apaciguaría durante la no-



che; pero al día siguiente, viendo que no cesaba de lamentarse, le dijo:


—Esposa mía, haces mal en afligirte de ese modo; el asunto no merece la pena de que pases tan mal rato. No pienses más en ello; te lo suplico encarecidamente.

—No cesaré de llorar hasta que hayas satisfecho mi curiosidad—respondió la mujer con necia tozudez.

—Pues yo te digo que me costaría la vida el ceder a tu indiscreta insistencia.


—Pase lo que pase—repuso ella—, yo no desistiré de mi empeño.

Y su rabiosa furia creció y creció en términos tales, que el labrador temió por la salud y aun por la vida de



su mujer, a la que amaba entrañablemente.

Muy preocupado, pues, hizo venir a sus hijos, y envió a buscar también al padre, a la madre y a los parientes de la mujer. Cuando estuvieron reunidos y les explicó el caso, todos agotaron súplicas y razonamientos para hacer comprender a la testaruda curiosa lo indebido y peligroso de su terquedad; pero ella les dijo que primero moriría que ceder. Por más que su padre y su madre le hablaron hasta cansarse y repitieron miles de veces que lo que deseaba saber no tenía importancia, nada adelantaron. El labrador no sabía qué hacer, y meditaba si sacrificaría su vida por salvar la de su mu-



jer, que parecía peligrar en sus accesos de furia desenfrenada.

El labrador tenía cincuenta gallinas y un gallo, y un perro muy fiel, y mientras el pobre hombre estaba sentado junto a la puerta de su casa, embebido en sus meditaciones, vio al perro correr hacia el gallo, que estaba alegremente jugando con sus gallinas y oyó que le hablaba en estos términos:


— ¡Oh, gallo! ¿No te avergüenzas de estar alegre y de jugar en este día?

Se volvió el gallo muy incomodado hacia el perro, y le respondió con orgullo:

— ¿Por qué me he de avergonzar de hacer hoy lo que otros días?




—¿No te avergüenzas ¡oh gallo! de estar
alegre en este día?



—Puesto que lo ignoras—replicó el perro—, sabe que nuestro amo se halla en grave apuro. Su mujer está empeñada en que le revele un secreto de tal naturaleza que le costaría la vida el descubrirlo. En este estado se hallan las cosas, y es de temer que no tenga bastante firmeza para resistir la obstinación de su mujer, porque la ama y le tienen muy conmovido las lágrimas que no cesa de derramar. Quizá va a perecer; todos en casa estamos con el mayor cuidado, y eres tú el único que, insultando nuestra tristeza, tienes la imprudencia de divertirte con tus gallinas.

El gallo contestó a la reprimenda del perro con estas palabras:»




— ¡Qué insensato es nuestro amo! No tiene más que una mujer, y no puede sujetarla; yo cuido de cincuenta gallinas, y todas hacen mi voluntad. Que apele a su razón, y muy pronto hallará medios para salir del apuro en que se halla.

—¿Y qué quieres tú que haga?— dijo el perro.

—Que entre en el cuarto en que está su mujer—respondió el gallo—, y después de haberse encerrado con ella, que tome un buen garrote y la sacuda el polvo; yo le aseguro que será más cuerda después de esto, y que no le importunará más para que le diga lo que no debe revelarle.


No bien hubo escuchado el labra-



dor lo que acababa de decir el gallo, cuando se levantó de donde estaba, fue en busca de su mujer, a quien encontró llorando, se encerró con ella y le sacudió tan bien, que a poco gritaba :

— ¡Basta, por Dios, esposo mío, basta, déjame, no te molestaré más con mis preguntas!

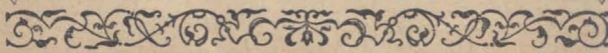
Entonces el marido, viendo que se arrepentía de su indiscreta y obstinada curiosidad, cesó de maltratarla, abrió la puerta, llamó a toda su parentela, y todos se regocijaron de que hubiese desistido de saber lo que no le importaba, y felicitaron al marido por el feliz expediente de que se había servido para hacerla entrar en razón.



En lo sucesivo se enmendó tanto, que no volvió a mostrar curiosidad por nada, y así vivieron felices.

El labrador premió la lealtad del perro con toda clase de halagos y cuidados, y a todos los trató como en justicia merecían, según su comportamiento, pues, más pronto o más tarde, el bueno encuentra justa recompensa, y el malo su justo castigo.

FIN DE
« EL LENGUAJE DE LAS BESTIAS »






LA VACA Y EL TERNERO

A la sombra de un gran árbol frondoso estaban sentadas dos personas: un muchacho, que por su aspecto y traje denotaba condición principal, y un anciano, vestido más sencillamente. Al lado del segundo estaba echada una vieja cierva. El anciano contaba su historia y decía así:


—Esta cierva que estás viendo es mi hermana. No tenía más que doce




años cuando quedamos huérfanos, y ella a mi cuidado; así puedo decir que me debe mirar más como a padre que como a hermano.


Hemos vivido juntos treinta años, y a pesar de su carácter dominante e imperioso, la traté siempre con cariño. El solo deseo de tener sucesión me hizo contraer matrimonio con una virtuosa joven, de quien tuve un hijo que prometía mucho. Mi hermana, viendo que mi mujer tomaba las riendas de la casa, le cobró odio, así como a mi hijo; pero ocultó tan bien sus sentimientos, que yo no los conocí hasta que dieron sus frutos.

En tanto, iba creciendo mi hijo, y tenía ya diez años cuando me vi obli-



gado a emprender un largo viaje. Antes de mi partida recomendé a mi hermana, de quien no desconfiaba, a mi mujer y a mi hijo, y le supliqué que cuidase de ellos durante mi ausencia, que fue de un año. Ella se aprovechó de este tiempo para satisfacer su deseo de venganza; se dedicó a la magia, y cuando estuvo bastante diestra en este arte diabólico, llevó a mi hijo a un lugar oculto, en donde por medio de sus encantamientos le convirtió en ternero, y se lo dio a mi arrendatario, con orden de que lo criase, diciéndole que era un ternero que había comprado. No limitó su odio a esta acción abominable, sino que convirtió a mi mujer en vaca, y la entregó también a mi arrendatario.






A mi regreso, le pedí noticias de mi mujer y de mi hijo.

—Tu mujer ha muerto—me respondió—; y en cuanto a tu hijo, hace dos meses que ha desaparecido y no sé qué ha sido de él.

Sentí mucho la muerte de mi mujer; pero como mi hijo no había hecho más que desaparecer, concebí esperanzas de volverle a ver más pronto o más tarde. Pasáronse, sin embargo, ocho meses sin que volviese, y en este tiempo llegó la fiesta del pueblo. Para celebrarla, ordené a mi arrendatario que me trajese una vaca de las más gordas, para hacer con ella un sacrificio. Trájome para cumplir mi encargo a la desgraciada madre de mi hi-




jo. La ató a una columna, y cuando me preparaba a sacrificarla, comenzó a dar bramidos lastimeros y de sus ojos comenzaron a brotar raudales de lágrimas, lo que me pareció una cosa muy extraordinaria, y sintiéndome movido a piedad, no tuve valor bastante para descargar el golpe, por lo que dispuse que el arrendatario se llevara aquella vaca y me trajese otra.

Mi hermana, que se hallaba presente, se opuso a que se cumpliera esta orden, que echaba por tierra sus propósitos.

—¿Qué haces, hermano mío?—exclamó—. Sacrifica esa vaca, que es la más hermosa que tiene el arrendatario, y la más propia para lo que la destinamos.



La até a una columna...




Por complacer a mi hermana me aproximé a la vaca, y ya me disponía a dar el golpe mortal, cuando la víctima, redoblando sus lágrimas y sus berridos, me desarmó por segunda vez. Entonces entregué mi mazo al arrendatario, diciéndole:

—Toma, sacrifícala tú; yo no puedo.

El arrendatario se disponía a hacerlo; pero se sintió también movido de compasión, y no se decidió a matarla.

—Tómala para ti—dije al arrendatario—; y si tienes un ternero bien gordo tráemelo en lugar suyo.


Cumplió mis órdenes, y poco después le vi llegar con el ternero que le había pedido. Aunque yo ignoraba que aquel ternero era mi hijo, no por eso



dejé de sentirme conmovido, y en cuanto al animalito, desde el momento en que me vio, hizo tan grandes esfuerzos por llegar hasta mí, que rompió la cuerda a que estaba atado. Se arrojó a mis pies, poniendo la cabeza en el suelo, como si hubiese querido excitar mi compasión y pedirme no hiciese la maldad de matarle, advirtiéndome, en cuanto estaba de su parte, que era mi hijo.

Este inesperado acto de sumisión me sorprendió tanto que logró conmoverme más aún que las lágrimas de la vaca.

—Llévate este ternero— dije al arrendatario—; cúidalo bien, y tráeme otro en su lugar.




Cuando mi hermana me oyó dar esta orden exclamó:


—¿Qué disparate estás haciendo? Créeme, no sacrifiques otro ternero que éste.

—Hermana mía—le respondí—, no lo sacrificaré; quiero concederle esta gracia, y te suplico no te opongas a ella.

Pero la malvada mujer no accedió a mi súplica; odiaba a mi hijo lo bastante para no consentir que le salvarse; me pidió el sacrificio con tanta obstinación que me vi precisado a complacerla.

Até al ternero a un poste y tomé el cuchillo, e iba a meterlo por la garganta de mi hijo, cuando, volviendo





éste hacia mí lánguidamente sus ojos, bañados en lágrimas, me enterneció hasta el punto que no tuve valor para sacrificarlo. Dejé caer el cuchillo, y dije a mi hermana que estaba decidido a matar otro ternero. No perdonó ella recurso alguno para hacerme mudar de resolución; pero permanecí firme en mi determinación, si bien le prometí, tan sólo por apaciguarla, que lo sacrificaría en la fiesta del próximo año.

Al día siguiente se presentó mi arrendatario, pretendiendo hablarme a solas.

—He venido—me dijo—a comunicaros una noticia que creo me agradeceréis. Tengo una hija que posee al-




Se presentó mi arrendatario.



gunos conocimientos en la magia, y ayer, al volver a mi casa con la vaca y el ternero que no habíais querido sacrificar, noté que se rió al verlos, y que inmediatamente después se puso a llorar. Yo le pregunté por qué hacía al mismo tiempo dos cosas tan contrarias.

«—Padre mío—respondió—, esta vaca y este ternero son la mujer y el hijo de nuestro amo. Me río de gozo porque los veo todavía vivos, y he llorado porque me he imaginado los sufrimientos que habrán pasado cuando parecía inminente su sacrificio. Estas dos transformaciones son debidas a los encantamientos de la hermana de nuestro amo, que odiaba tanto a la madre como al hijo.»





Esto es lo que dijo mi hija—prosiguió el arrendatario—, y vengo, porque lo creo de mi deber, a comunicároslo.


Partí inmediatamente con mi arrendatario, para interrogar a su hija, a fin de saber lo que había de verdad en este asunto.

No bien hube llegado, me fui en derecha al establo en que estaban la vaca y el ternero, y aunque no pudieron corresponder a mis abrazos, los recibieron de manera que comprendí que aquéllos eran dos seres humanos.

Habiendo bajado la hija del arrendatario le dije:

—Niña, ¿puedes volver mi esposa y mi hijo a su forma primitiva?






—Sí que puedo—me respondió.

—Si tal logras, te hago dueña de todos mis bienes.

—Señor—me replicó sonriente—, sois nuestro amo, y yo sé muy bien cuánto os debo; pero os advierto que si es sencillo desencantar a vuestra esposa, no puedo, en cambio, deshacer el encanto de vuestro hijo sino con dos condiciones: la primera, que me lo habéis de dar por esposo, y la segunda, que me permitáis castigar a la persona que lo transformó en ternero.

—Acepto—le dije—, y aun digo más: prometo darte todos los bienes de que yo pueda disponer. Haz lo que te pido, y tú verás de qué modo agra-





deceré tan señalado servicio. En cuanto al castigo que piensas dar a la autora de estos encantos, debo decirte que quien ha sido capaz de cometer una acción tan criminal, bien merece ser castigada; haz de ella lo que te acomode; sólo te pido que no le quites la vida.


—Quiero tratarla—respondió—de la misma manera que ella ha tratado a vuestra esposa y a vuestro hijo.

—Consiento en ello—le respondí—; pero vuélvemelos antes en su forma tural.

Entonces la joven tomó un vaso lleno de agua, pronunció sobre ellos algunas palabras que no entendí, y dirigiéndose a la vaca y al ternero, dijo:




Tomó la joven un vaso lleno de agua.



— ¡Oh vaca! ¡oh ternero! Si habéis sido criados por el Todopoderoso tal y como aparecéis en este momento, permaneced bajo esa misma forma; pero si sois seres humanos y habéis sido transformados en vaca y ternero por medio de algún arte mágico, volved a vuestra figura natural con permiso de Dios.


Al acabar estas palabras, echó el agua sobre ellos, y en el instante volvieron a tomar su primitiva forma.

— ¡Esposa mía! ¡hijo mío!—exclamé al punto, abrazándoles con un frenesí que no pude dominar—: Dios es el que nos ha enviado esta joven para destruir el encanto que os tenía transformados, y vengaros del mal que os



han hecho. No dudo, hijo mío, que, en reconocimiento, tendrás a bien el tomar a esta joven por esposa, conforme lo he ofrecido.

Mi hijo se conformó gustoso con esta condición; pero antes de casarse transformó la joven a mi hermana en cierva, y es ésta que estás viendo aquí. Yo me alegré de que tuviese esta forma en vez de alguna otra más desagradable, a fin de que la viésemos sin repugnancia en la familia. A vuelta de algún tiempo quedó viudo mi hijo y se fue a viajar. Como hace muchos años que no he tenido noticias tuyas, me he puesto en camino con el objeto de ver si puedo adquirirlas, y no habiendo querido confiar a nadie el cui-





dato de mi hermana durante mi viaje, he juzgado más acertado llevarla por todas partes conmigo. Esta es mi historia y la de esta cierva. ¿No es de las más singulares y maravillosas?

El joven convino en ello, y encontró muy justo el castigo de la perversa hermana; pero al mismo tiempo, y teniendo en cuenta el mucho tiempo que este castigo había durado, suplicó al anciano que hiciera lo posible para volverla a su forma natural.

Prometió el anciano hacer cuanto estuviese en su mano para lograrlo; pero como ignoraba los secretos de la magia, no sabía a qué medio apelar para conseguir su deseo.

Tampoco el joven era mago, pero se






le ocurrió hacer la reflexión siguiente:

—Dios, autor de todo lo creado, es mucho más poderoso que todos los hechiceros habidos y por haber, y además, su bondad es infinita. Arrodillémonos, pues, y pidámosle vuelva a su forma natural a esa desgraciada, si en su alta justicia cree que ha expiado ya bastante su delito.

El anciano y el joven cayeron de rodillas y elevaron sus oraciones al Altísimo. Cuando se alzaron de nuevo, la cierva había desaparecido, y en su lugar estaba una anciana que, hundiendo su frente en el polvo, y después de dar gracias a Dios, pidió a su hermano perdón de sus crímenes, y manifestó su deseo de ver a su cuñada y a



su sobrino para que igualmente la perdonasen. No tardó en realizarse una parte de su propósito, pues a lo lejos vieron llegar un jinete, en quien el anciano reconoció inmediatamente a su hijo. Todos volvieron juntos a la ciudad, donde en lo sucesivo vivieron felices y satisfechos.

El bien y el mal redundan generalmente sobre la persona que los hace.


FIN DE « LA VACA Y EL TERNERO »



VIAJE EN BUSCA DEL MIEDO

ERAN dos hermanos. El mayor, despejado y útil, mañoso y servicial; el otro, embobado y distraído, no parecía entender lo que se le decía, ni capaz de aprender cosa alguna.

Cuando había de hacerse algo en la casa, el padre tenía siempre que encargarlo al mayor; pero si era cosa de hacerlo por la noche, o había que pasar cerca del camposanto u otro sitio apar-



tado y triste, le respondía con seguridad:

—No me mandes a eso, padre; tengo miedo.

Y era verdad; el pobre tenía la gran desgracia de ser muy miedoso.

En cambio, el hermano pequeño, siempre que oía a alguien hablar de miedo, se decía:


—¿Qué será eso del miedo? Debe de ser algo bueno de que yo no entiendo una palabra.

Un día le dijo su padre:

—Escucha: eres ya hombre y debes dedicarte a aprender algo para ganarte el sustento. Ya ves cuánto trabaja tu hermano, y tú nada haces.

—Padre—le contestó—, de buena





gana aprendería yo lo que fuera; pero, sobre todo, lo que quisiera sería aprender lo que es miedo.


El hermano mayor soltó la carcajada al oírle, y dijo para sí:

—Pero, señor, qué marmolillo es mi hermano. Es imposible que en su vida haga cosa de provecho. Ni siquiera ha podido aprender lo que es el miedo.

El padre contestó:

—Mejor sería que nunca lo aprendieses. El miedo es una tontería. Lo que necesitas es aprender a vivir.

Poco después llegó aquel día el sacristán, como acostumbraba, a pasar un rato, y le confió el padre su disgusto, diciéndole que su hijo menor




era tan desmañado e incapaz que nada sabía ni aprendía nada.

—¿Creeréis que, al preguntarle yo si quería aprender algún oficio o modo de ganarse el sustento, me ha respondido que sólo quiere aprender lo que es miedo?...

El sacristán era hombre duro de corazón; y pensando valerse de la ignorancia del joven para que le sirviera y para divertirse, además, a su costa, propuso al padre que le enviase a su casa. Él le acostumbraría a trabajar y le despejaría la inteligencia.

Consintió el padre, y el sacristán se llevó el muchacho a su casa. Le hacía tocar las campanas y desempeñar el cargo de monaguillo. A los pocos días



le despertó a media noche, hizo que se levantara y subiera al campanario a tocar.


—Ahora sabrás lo que es miedo— dijo para sí el sacristán con maligno regocijo, pensando que se iba a reír de él.

Subió a la torre antes que el joven, y cuando éste llegaba a lo alto e iba a coger las cuerdas vio en el fondo de la puerta una forma humana envuelta en una sábana, aparentando ser un fantasma.

—Calla, ¿qué haces tú ahí?—preguntó el muchacho.

Pero el fantasmón ni respondió ni se movió.

—O me contestas o te marchas, que



aquí nada se te ha perdido y menos de noche, ¿estamos ?


Nada, el fantasma sin contestar ni moverse.

—Respóndeme o ya estás bajando, que para nada te necesito.

Pero el sacristán continuó inmóvil y callado, para que creyese el muchacho que era un aparecido del otro mundo. El joven volvió a preguntar:

—¿Qué se te ofrece ? O hablas o te echo a rodar por la escalera abajo.

Creyendo el sacristán que el chico no realizaría su amenaza, permaneció inmóvil. Entonces le volvió a preguntar el joven, y viendo que no le respondía, empujó al supuesto espectro con tal violencia que le obligó a bajar




diez gradas dando traspies, yendo a parar con gran violencia a un rincón, donde quedó sin sentido. En seguida el intrépido joven se puso a tocar las campanas, y concluída esta operación se marchó a su casa y se acostó y durmió como si nada hubiera pasado. Pero la mujer del sacristán, que había estado esperando mucho tiempo a su marido, viendo que no volvía, comenzó a intranquilizarse; llamó al joven y le preguntó:

—¿Sabes tú dónde se ha quedado mi marido? Debe de haber subido antes que tú a la torre.

—No lo sé—respondió el joven—; pero allí vi a uno en la escalera, en el descansillo de la puerta, y como no



Dando traspiés.




ha querido contestarme, creyendo que era algún tunante que no venía a nada bueno, le he arrojado escalera abajo. Id a ver si es él: si lo es, lo sentiré.

La sacristana fue corriendo y halló a su marido caído en un rincón, y dando quejidos lastimeros, porque tenía rota una pierna. Le tomó en sus brazos y se dirigió, lamentándose a gritos, a casa del padre del muchacho.

—Vuestro hijo—exclamó—ha traído la desgracia a mi casa; ha tirado a mi pobre marido por la escalera del campanario y le ha roto una pierna; sacad a ese bribón de mi casa.


El padre, asustado por el relato, fue corriendo y reprendió a su hijo.

—¿Qué atrocidad has hecho? ¿Tienes los diablos en el cuerpo?





Caído en un rincón.




—Padre, óigame—contestó el muchacho—; soy inocente. Era de noche, y sin duda estaba allí con malos propósitos. Ignorando quién era le he preguntado tres veces, amenazándole, si no me respondía, con echarle, y viendo que no me hacía caso...

—¡Desgraciado!—replicó el padre—. No me ocasionas más que disgustos; vete de mi presencia, vete, y que no te vea más.

—Bueno, padre, de buena voluntad me marcharé; pero esperemos a que amanezca y me iré adonde me enseñen lo que es miedo, y cuando lo sepa me ganaré la vida con tal oficio.

—Anda a aprender lo que te dé la gana—contestó el padre—; todo me es



igual. Toma, ahí tienes cuarenta duros, márchate y a nadie digas de dónde eres, ni quién es tu padre, para que no tenga que sonrojarme por ti.

—Bien, padre, haré lo que dices; poco me costará complacerte.


Al amanecer, el joven, con sus cuarenta duros en el bolsillo, emprendió su viaje por el camino real, diciendo como lección aprendida para llevar el paso:

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién me enseña lo que es miedo?

Un transeúnte oyó la cantilena del joven, y cuando se hubo alejado un poco hacia un punto en que se veía una horca, le dijo:



Emprendió su viaje.




—Mira, ahí está el árbol que da racimos de hombres; hay siete colgando; no tienes que hacer otra cosa, si quieres saber lo que es miedo, que pasar la noche en conversación con ellos.

—Si todo se reduce a eso—dijo el joven—con la mayor facilidad lo haré; y si tan fácilmente aprendo lo que es miedo, te daré los cuarenta duros que llevo en mi bolsillo; conque, por si acaso, vuélvete mañana temprano por aquí.

Entonces el joven se encaminó hacia el lugar donde se veía la horca, se colocó debajo de ella para pasar la noche, y cuando ésta llegó, sintiendo frío, encendió lumbre; pero a la



Hay siete colgando.




media noche era el viento tan fuerte y tan frío que la lumbre apenas servía para nada; no obstante esto, viendo que el aire hacía moverse a los ahorcados, pensó que si él, que se hallaba junto al fuego, sentía frío, mucho más debían de tener aquellos infelices, y como era de natural compasivo, cogió la escalera, subió y los descolgó uno tras otro a todos, y los colocó alrededor de la lumbre para que se calentasen. Mas como no se movían y el fuego se ensanchaba, se quemaban la ropa.

El mozo les dijo :

—Tened cuidado de no quemaros, o volvéis a la escarpia.

Pero los muertos, naturalmente, se



callaban. Y el fuego seguía abrasando sus vestidos.


Enojado el muchacho por lo que suponía desaire desdeñoso, les dijo:

—Ya que no queréis hacer lo que os digo, os vuelvo a colgar; no quiero que por culpa vuestra me quemé yo también.

Y los volvió a colgar uno tras otro, y él volvió junto a la lumbre, donde muy pronto quedó dormido. A la mañana siguiente se le presentó el hombre de la víspera, seguro de recibir los cuarenta duros, puesto que el mozo sabría ya lo que era miedo.

—Vamos— le dijo—, muchacho, ¿ahora ya sabrás lo que querías?

—Nada de eso: ¿por qué lo he de



saber? Esos que están ahí arriba no me han dicho una palabra, y tan majaderos han sido que se han dejado quemar los pocos andrajos que tenían.

Al oírle, comprendió el truhán que no era para él el dinero, y se marchó moviendo la cabeza y diciéndose:


—En mi vida he visto tonto semejante.

Continuó el mozo su camino y comenzó otra vez su cantilena, diciendo:

—¿Quién me enseñará lo que es miedo? ¿Quién me enseñará lo que es miedo?

Y oyéndole un carretero que tras él iba, le preguntó:

—¿Quién eres tú?



—Lo ignoro—dijo el joven.

—¿De dónde eres?—continuó preguntando el otro.

—¿Qué sé yo?

—¿Quién es tu padre?


—No debo decirlo.

—¿Qué ibas diciendo?

—¡Ah!—exclamó el mozo—, quisiera saber lo que es miedo; pero por lo visto nadie acierta a enseñármelo.

—No digas necedades, muchacho—replicó el hombre—; vente conmigo y veré si puedo darte alguna ocupación.

El joven prosiguió su ruta con el carretero, y ya de noche llegaron a una posada, donde determinaron pararse a descansar.



Apenas llegó a la puerta el joven, comenzó a gritar :

—¿Quién me quiere enseñar lo que es miedo? ¿Quién me quiere enseñar lo que es miedo?...


Al oírle el posadero soltó la carcajada y dijo :

—Hombre, si lo quieres saber, aquí se te ofrece una ocasión muy buena.

—Calla —añadió la posadera—; muchos bravucones han perdido la vida en esa empresa, y verdaderamente sería una lástima que esos hermosos ojos negros perdieran su brillante luz para siempre.


El joven le replicó :

—Aunque sea la cosa más arriesgada quiero aprenderla : ése es el propósito de mi viaje.



No dejó en paz al posadero hasta conseguir que éste le dijera que, no muy lejos de allí, había un castillo encantado donde podrían enseñarle lo que era miedo, pues con sólo pasar tres noches en él podría salir doctor en la ciencia que buscaba. Que el rey había prometido dar por esposa a su hija, que era la más garrrida y hermosa doncella que el sol alumbrara, al que hiciese la prueba del castillo y saliera vencedor de ella.

En el castillo había tesoros inmensos, guardados por maléficos espíritus, con cuyas riquezas, el hombre que las conquistara sería el más poderoso del mundo. Muchos y muy valientes caballeros habían entrado en el cas-



tillo; pero ninguno de ellos había salido.

El joven, a la mañana siguiente, se presentó al rey, diciéndole:

—Si me dais permiso, señor, pasaré tres noches en el castillo de los encantos.


Miróle atentamente el rey, y como le agradase su talante, le dijo:


—Puedes pedir tres cosas, con tal que no sean animadas, para que te sean útiles en el castillo.

El joven, meditando un rato, contestó:

—Bien. Quiero leña para calentarme, un torno y un tajo con su correspondiente cuchilla.

El rey ordenó que durante el día





fuera llevado al castillo lo que había pedido el joven.


Llegó la noche, y el mozo entró en el castillo; encendió en una sala una hermosa fogata, colocó a un lado el tajo con el cuchillo y se sentó sobre el torno.

— ¡Ah! qué felicidad si llegase a tener miedo—dijo—; pero, qué demonio, aquí tampoco lo aprenderé.

Hacia la media noche quiso avivar la lumbre, y cuando estaba atizando, oyó de pronto decir en un rincón:

— ¡Miau! ¡remiau! ¡qué frío hace!

— ¡Habrá estúpidos!— exclamó—; ¿por qué alborotáis? Si sentís frío venid y sentaos a la lumbre; aquí se está bien.



Aun no había acabado de decir esto, cuando dos espantosos gatos negros, dando un pasmoso salto, se situaron a su lado, fijando en él sus enormes ojos, brillantes como brasas de fuego; luego que se hubieron calentado, dijeron:

—Amiguito, ¿quieres jugar una brisca?


—Sí, por cierto—les respondió—; pero antes enseñadme las patas.

Entonces los animalazos le alargaron las uñas.

—¡Caramba!—les dijo—¡qué largas tenéis las garras! Esperad a que primero os las corte.

Y, cogiéndolos del cuello, les aseguró bien las patas en el tajo.

—Al veros las uñas se me han ido los deseos de jugar—les dijo.




Y los cortó las cabezas y las arrojó al agua. Pero a poco de esto iba a sentarse otra vez a la lumbre, cuando vio salir de todos los rincones una plaga de gatos y perros negros como carbones y con cadenas ardientes que parecían de fuego. Eran tantos que era imposible numerarlos; maullaban horrorosamente, atravesaban por el fuego como queriendo apagarle. El joven los observó un rato muy tranquilamente; pero cuando ya le hartaron, cogió la cuchilla, gritando:

— ¡Fuera canalla!

Y con la cuchilla los acometió.


¡Dios mío; qué sarracina de gatos hizo! Los que pudieron, que fueron pocos, se escaparon; a los demás los mató a pares de un solo golpe.



Concluída la batalla, se puso a soplar el fuego y se sentó a calentarse; pero apenas se hubo sentado le rindió la necesidad del sueño, y advirtiendo en un rincón una magnífica cama, en ella se acomodó para dormir tranquilamente; cuando ya se le estaban cerrando los pesados párpados notó que la cama se movía por sí sola y que daba vueltas y recorría los departamentos del castillo.

—No me parece mal el paseo—dijo—; la cosa es divertida.

Y la cama prosiguió rodando por las escaleras cual si fuera tirada por caballos. De repente volcó y sintió encima un peso que le agobiaba como si se viera debajo de una montaña.



Tiró las mantas, se puso en pie, y cuando se vio desembarazado dijo:

—Basta ya, me he cansado de viajar.

Y sentándose de nuevo a la lumbre se durmió hasta la mañana.

El rey le fue a visitar temprano, y como le viese tendido en el santo suelo, creyó que los fantasmas habían dado fin de él y que había muerto, y dijo, contemplándole:

— ¡Qué lástima de chico!..... ¡tan guapo como es!


Al oírle el joven se levantó, diciendo:

— ¡Poco a poco: aun no estoy en el caso de ser compadecido!

Maravillado el rey, preguntóle qué tal lo había pasado.



Tendido en el santo suelo.



—Perfectamente — respondió —; he pasado ya una noche, y las dos que me faltan las pasaré lo mismo.

Cuando volvió al mesón, le recibió admirado el posadero.

—No creí—dijo—volvete a ver con vida; pero, en fin, ¿sabes ya lo que es miedo?


—¿Qué he de saber? No encuentro a nadie que me lo quiera enseñar.

A la segunda noche volvió al castillo encantado y se sentó a la lumbré, entonando su cantilena:

—¿Quién me enseña lo que es miedo? ¿Quién, quién?

Poco a poco fueron percibiéndose ruidos, primero vagos, luego fuertes y próximos, y por fin un estallido for-






midable en el cañón de la chimenea, por la cual se vio caer la mitad de un hombre que quedó plantado como una estaca delante del joven.

—Sí, sí—exclamó—, entiendo que estás esperando tu otra mitad: yo también la espero con impaciencia, porque tu sola no me sirves para empezar.

Oyó nueva y más estrepitosamente los ruidos; parecía que el castillo se venía abajo; y luego cayó la otra mitad del hombre.

—Esperad—dijo—; voy a ver si encuentro algo por aquí para que vuestra pegadura sea firme.

Iba a hacerlo así cuando vio que las dos mitades se unieron admirablemente, formando un hombre con



el aspecto más horrible y espantoso, que fue a sentarse en el sitio donde a la lumbre se sentaba él.


— ¡Calle! ¿Esas tenemos?—dijo el mozo—. Ya estás levantando de ahí; ese banco es mío.

El espantajo no se quiso levantar; pero el joven, agarrándole con todas sus fuerzas, le apartó, y se sentó en su puesto. Entonces vio caer otros tres hombres, uno tras otro, que, llevando en sus manos unas canillas de muerto y dos calaveras, se pusieron a jugar con ellas a los bolos. El joven sintió deseo de divertirse un rato y dijo:

—¿Puedo jugar yo también?

—Si tienes cuartos, sí.

—Ya lo creo, de sobra—replicó el



animoso joven—; pero esas bolas que usáis no son perfectamente redondas.

Y cogiendo las calaveras las sujetó al torno y las redondeó.

—De este modo rodarán mejor—les dijo.


Jugó con ellos y se dejó ganar algunos cuartos; pero en cuanto fueron las doce todo terminó, y el joven se acostó y durmió tranquilo. Por la mañana se presentó el rey a enterarse.

—¿Qué tal te ha ido? —le preguntó.

—¡Pchit! He jugado a los bolos un rato y perdido algún dinero.

—¿Y no has sentido miedo?

—¿Miedo? Al contrario, me he distraído muy bien. ¡Miedo! ¡Ojalá supiera lo que es!...



Llegó la tercera noche; fue al castillo, se sentó de nuevo en su banco y murmuró con mal humor:

—¿Llegaré por fin a saber lo que es miedo?....

Era muy tarde cuando se le presentaron seis fantasmones muy altos, que llevaban un enorme ataúd.


—Toma, toma, de seguro este entierro es el de alguno de los gatos de la otra noche.

Los hombres pusieron el ataúd en tierra; nuestro amigo se aproximó a él y levantó la cubierta: había un cadáver dentro, le pasó la mano por el rostro y la cabeza; pero notó en él la frialdad helada de la muerte.

—¡Qué frío estás!—dijo—; voy a calentarte un poco.




Llevaban un enorme ataúd.



Se acercó a la lumbre, se dio un buen calentón de manos y se las aplicó al rostro del muerto; pero éste permaneció glacial. Entonces le abarcó en sus brazos, le acercó al fuego, le puso sobre las rodillas y le dio fricciones en los brazos para que circulase la sangre de nuevo; pero no consiguiéndolo, se le ocurrió de pronto:

— ¡Toma! ¡Qué tonto soy! Si le meto conmigo en la cama... al momento se calentará.

Y dicho y hecho; llevó el cadáver a la cama y se acostó a su lado. Al poco tiempo estaba caliente el muerto y comenzó a menearse, viendo lo cual, le dijo el mozo:



—¿Lo ves, hermanito ?i... Ya te he calentado.

Pero el muerto se levantó de improviso, diciendo :

—Ahora voy a estrangularte.


—¡Hola! ¡hola!—contestó el joven con retintín—. ¿Son éstas las gracias que me das por haberte resucitado ?i ¡Pues a la caja otra vez!


Le cogió, le colocó dentro de ella y cerró la tapa.

Entonces, los seis fantasmones que le trajeron se lo llevaron otra vez.

—Pues, señor, con toda esta faena hasta ahora no he logrado tener miedo; vamos a ver si lo aprendo aquí.

Entonces entró un hombre mucho






más alto y más seco que los otros; su aspecto era más espantoso que el de aquéllos, y tenía una barba blanca y larga hasta las rodillas.

— ¡Ah infame!—dijo—; ya te ha llegado el momento de saber lo que es miedo, porque vas a morir a mis manos.

—Qué ha de llegar, hombre—contestó el mozo—; para que me mates tú es necesario que yo me deje, y ahora no estoy de humor.

—Yo te agarraré bien—dijo el gigante.

—Si puedes, porque no es fácil; además, yo soy más fuerte que tú, ¡viejo carcamal!



—Si puedes más que yo, allá veremos; ven y probaremos.

Y le guió a un pasillo muy tenebroso, junto a una fragua: cogió un enorme martillo y dio con él en un yunque, hundiéndole de un martillazo en la tierra.

—¡Vaya una cosa! ¡Eso lo hago yo, pero mucho mejor!—dijo el joven.


Y dirigiéndose a otro yunque, agarró otro martillo.

El viejo se puso a su lado para verle, y su larga barba descansaba sobre el yunque; de un solo martillazo del mozo quedó adherida a aquél, apriñionando al espantoso viejo.

—¡Pobre espantajo!—dijo—. ¡Ya



Cogió un enorme martillo.




eres mío! ¡Has quedado en el yunque pegado como un gorrión enligado!... Ahora el que morirá serás tú.

Y diciendo esto cogió una barra de hierro y descargó sobre las espaldas del barbudo tales golpes que éste, entre los alaridos del dolor, prometió al joven que si le dejaba en libertad le daría grandes riquezas. Consintió en ello el joven, y el viejo, guiándole por el castillo, le enseñó tres armarios llenos de oro que en una cueva tenía.

Una parte es de los pobres, del rey la otra, y la tercera tuya.

Dieron las doce en aquel momento, y desapareció el fantasmón, quedando en tinieblas el joven vencedor.





—Yo me las arreglaré para encontrar mi cuarto—dijo.


Y empezó a caminar a tientas. Por fin halló el camino que buscaba, entró en su cuarto y durmió allí junto a la lumbre.

Al día siguiente volvió el rey y le dijo:

—Ahora ya debes saber lo que es miedo...

—Menos que nunca; sólo he visto a un muerto que estaba vivo y era algo sinvergüenza y a un hombre barbudo que me ha enseñado mucho dinero, pero sigo sin saber lo que es miedo.

—En fin—dijo el rey—, has desencantado el castillo y vas a casarte con mi hija.




Así sucedió, y las bodas se celebraron con gran magnificencia. Pero el joven rey, a pesar de lo contento que estaba y de lo mucho que amaba a su esposa, seguía quejándose de que no sabía lo que era miedo. Esto llegó a incomodar a su mujer, que dijo a sus doncellas:

—Yo voy a ser quien le enseñe lo que es miedo.

En seguida fue al estanque del jardín y sacó un cubo de agua todo lleno de peces. Por la noche, cuando más profundo era el sueño de su marido, se levantó la reina y le echó de repente el cubo de agua encima, de modo que los peces saltaran a su alrededor.



Y sacó un cubo de agua.




Entonces el pobre joven dio un salto espantoso y se incorporó, diciendo:

— ¡Uy! ¡Qué susto tan atroz, esposa mía! Ahora sí que sé ya lo que es miedo.

.....
.....
.....

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**



ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
El lenguaje de las bestias	5
La vaca y el ternero	27
Viaje en busca del miedo.	48

UJ
1410
0515

BIBLIOTECA ESCOLAR RECREATIVA

Tomos en 8.º (153 × 106 mm.), de 96 páginas, con
muchos grabados.

TÍTULOS PUBLICADOS

1. La almendrita.
2. El negrito y la pastora.
3. Los príncipes encantados.
4. Paraíso y tentación.
5. La Caperucita roja.
6. Nicolásón y Nicolasillo.
7. La reina de las hormigas.
8. Cuentos extraordinarios.
9. Premio de la virtud.
10. Aventuras del barón de la Castaña.
11. Los dos gemelos.
12. Los cuentos de Fernandillo.
13. La medalla de la Virgen.
14. El príncipe generoso.
15. El pedazo de plomo.
16. Los cuarenta ladrones.
17. El imperio submarino.
18. El tulipán negro.
19. La fuente de los leones.
20. El alcázar de la dicha.
21. Los sobresaltos de un sastre.
22. El lenguaje de las bestias.
23. Historia de un rey tuerto.
24. Por ambicioso.
25. El rosal.
26. Itha, condesa de Toggenbourg.
27. El joven ermitaño.
28. La Nochebuena.
29. El corderito.
30. Los huevos de Pascua.
31. Narrador infantil.
32. Capullo rojo.
33. El silbato prodigioso.
34. El príncipe Afán.
35. La senda de la fortuna.
36. Los tres ciegos.

CVENTOS DE CALLEJA



Editorial "Saturnino Calleja" S.A.
Apartado 447 - Madrid

